

se hallase jugando á las damas cuando entró el centurion á anunciarle que era llegada la hora de morir, respondió: *aguardad un poco, voy á contar los peones*. ¿Y qué ganaba con esto la sociedad? ¿Mejoraban algo las costumbres con que hubiera algunos hombres á quienes no les importaba mas vivir que morir? Hasta llegó á perder el mérito aquel valor, si valor en ello habia, puesto que se practicaba ya por vanidad, añadiéndose así otra corrupcion nueva en vez de corregir la corrupcion antigua. Por otra parte aquella filosofía no descendia al vulgo, que no entendia la metafísica en que iba envuelta. Los emperadores que la practicaron, los Nervas, los Trajanos, los Adrianos y los Marco Aurelios, reunieron una mezcla de virtudes y de vicios que los hacia cometer ó crueldades ó extravíos; echaron de menos los grandes hombres y no pudieron formarlos.

Aquel estado del mundo era intolerable. Habia una necesidad de creer, y nadie creia: habia una necesidad de reformar las costumbres públicas, y nadie hallaba el medio de reformarlas. El politeísmo habia recorrido todas sus faces, y se encontraba desacreditado: se recurría á las escuelas filosóficas, y las unas desmoralizaban mas, y las otras eran ineficaces para contener la desmoralizacion. Necesitábase una revolucion general en los espíritus y en los corazones. La humanidad necesitaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encon-

traba? ¿De dónde habia de venir? ¿Del cielo ó de la tierra? Del cielo y de la tierra vino juntamente.

En un rincon de la Judea habia nacido el que tenia la mision divina y sublime de regenerar el mundo. «De la humilde cabaña de Galilea, dice un elocuente escritor contemporáneo, salió la buena nueva pregando un Dios único, la fraternidad, la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad, y de justicia..... Desde ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano. Queda prescrita la inocencia, no solo en las obras, sino tambien en el pensamiento emancipado. Hasta entances el único medio de poderío y de gloria habia sido la guerra, el único objeto de los héroes la conquista, se habia declarado la servidumbre como un hecho necesario, natural, equitativo; y condenado el esclavo á todas las miserias, y además al embrutecimiento intelectual y moral, vivia sin existencia religiosa, sin afecciones, sin legítima descendencia. Ahora una nueva palabra, la caridad, hace menos pesadas las cadenas, mientras logra romperlas del todo: la paz universal es proclamada, y quedan estinguidos los privilegios de nacimiento y de conquista. Propende todo á inspirar horror á la efusion de sangre.... Véase aparecer el modelo de una sociedad sobre la combinacion de formas pacíficas, de un poder espiritual en su esencia, opuesto á los excesos del poder armado; el modelo de una fraternidad de naciones, que en vez de aniquilarse

unas á otras se comunican para perfeccionarse mutuamente. ¿Y quién ha obrado este prodigio? Un artesano de Galilea.»

Vino, pues, el cristianismo, y el mundo oyó por primera vez: «no hay mas que un solo Dios verdadero.» Habian pasado cuatro mil años, sin que nadie hubiera dicho á los hombres: «*todos sois hermanos; haced bien á vuestros mismos enemigos;*» hasta que Cristo vino á enseñarles esta sencilla máxima que á todos se les habia escapado. A los tiranos les dijo: «*todos los hombres son iguales ante Dios;*» y los rebajó hasta nivelarlos con los oprimidos. A los esclavos les dijo: «*todos los hombres son libres;*» y los elevó hasta igualarlos con los emperadores ante la presencia de Dios. A los epicúreos: «*los gozes materiales no hacen la felicidad del hombre, porque hay en él algo mas elevado y noble que la materia y el cuerpo;*» y á los estóicos «*no os suicideis, porque el disponer de vuestra vida le toca solo á Dios que os la ha dado, y porque hay otra vida mas allá de este mundo;*» y les enseñó la inmortalidad del alma. Dijo á los pobres: «*bienaventurados los humildes;*» y los consoló. Y á los ricos: «*la mayor de todas las virtudes es la caridad.*» Los sabios habian ignorado el medio de contener la corrupcion universal, y Cristo se lo enseñó con la doctrina y el ejemplo. Santificó el matrimonio, y haciendo á la muger compañera del hombre y no esclava, emancipó con esto solo á la mitad del género humano. No habia salido doctrina

semejante de las escuelas de Pitágoras ni de Epicuro, de Sócrates ni de Platon.

La revolucion moral que necesitaba el mundo quedaba iniciada. Como religion aventajaba el cristianismo á todas las religiones fundadas sobre el politeismo: porque en vez de dioses cargados de flaquezas ó de vicios humanos, enseñaba á adorar un solo Dios puro y sin mancilla. Como filosofía, era mas digna, mas elevada, mas sublime que cuantas habian producido las academias, porque enseñaba la fraternidad universal: como sistema de gobierno, ninguno mas aceptable, mas noble, mas liberal, que el que daba al hombre derechos que no habia gozado nunca, el que arrancaba la humanidad de la dominacion de la fuerza bruta, el que proscribía la tiranía, abolía la esclavitud, y proclamaba la libertad, la igualdad, la emancipacion del pensamiento; el que decía á los súbditos: «*obedeced, pero sin servidumbre;*» y á los príncipes: «*gobernad, pero sin tiranía;*» el que prescribía, en fin, dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Los hombres escarnecieron al que se anunció como regenerador del mundo sin espadas y sin ejércitos, al que se presentó como moralizador y civilizador, y le hicieron sellar con su propia sangre su doctrina. Todo estaba previsto, ó por mejor decir, todo estaba decretado, y el Hombre-Dios quiso dejar al mundo el ejemplo mas sublime que ha podido concebirse de ab-

negacion, de amor y de caridad. Fué el primer mártir de su culto. El se habia presentado humilde, y los que despues de él se encargaron de propagar su legislacion eran tan pobres y tan humildes como él. Hasta entonces todos los sistemas filosóficos, todas las creencias religiosas habian nacido en los entendimientos de los sábios, de alli se trasmitian á las inteligencias de segundo órden, y poco á poco se difundian por el pueblo. Este es el órden natural de las influencias. El cristianismo, al contrario, tuvo por primeros propagadores á artesanos pobres y de ingenios rudos: de alli subió á las escuelas, se difundió entre los sábios y filósofos, y habia de remontarse hasta el trono de los Césares. O en el fondo de la doctrina, ó en el modo de su propagacion tenia que haber algo de sobrenatural. Habíalo en uno y en otro.

Sublime contraste formaban las costumbres de los primitivos cristianos con las que seguian practicando los hombres de la antigua sociedad. De parte de los paganos, disolucion, inmoralidad, prostitucion; de parte de los seguidores de Cristo, moralidad pureza, inocencia. Mientras los mancebos idólatras acudian anualmente al sepulcro de Diocles, donde se coronaba al mas lascivo, los cristianos proclamaban la virginidad como el estado mas perfecto del hombre. Mientras aquellos pasaban la vida en la embriaguez de los deleites, en doradas viviendas, entre aromas y perfumes, en opíparos banquetes, donde tenían que

discurrir como excitar su apetito ya embotado, estos recomendaban y practicaban la mortificacion y la abstinencia, sus comidas eran frugales y reguladas por la necesidad, no por la gula, vestian modestamente, menospreciaban el lujo y el fausto, y no mantenian esclavos ni eunucos. Mientras los idólatras repudiaban diariamente sus mugeres, esponian sus hijos en los caminos ó en las plazas públicas, y hacian de la ley del divorcio un comercio de prostitucion, los cristianos predicaban la indisolubilidad del matrimonio, hacian de la fidelidad conyugal una de las primeras virtudes y una prenda segura de la felicidad doméstica, y mirando como un deber sagrado el sustento y la educacion de los hijos, estrechaban las relaciones de familia con lazos de amor. Mientras aquellos asistian con placer á las gemonias, ó se recreaban con los sangrientos espectáculos del Circo, y se saboreaban con los sacrificios humanos, estos visitaban á los presos en los calabozos, socorrian á los necesitados en sus humildes cabañas, asistian á la cabecera de los enfermos, y consolaban en el lecho de dolor á los moribundos. De un lado habia un pueblo miserable y esclavo recogiendo las migajas de las mesas de los opulentos patricios, de otro familias que partian entre sí fraternalmente el pan de la caridad.

Semejantes prácticas eran una acusacion, una censura elocuente de los vicios dominantes, y los que asi obraban no podian menos de ser objeto de las iras

de los disipados emperadores y de los prefectos libertinos. De aquí esa lista de edictos sanguinarios, esas persecuciones, esos refinados tormentos, esos suplicios atroces, esas diez batallas generosas que sostuvieron los cristianos desde Neron hasta Diocleciano, incluso los Antoninos, aquellos príncipes humanitarios que merecieron ser llamados las delicias de la tierra, pero que no se eximieron de ensangrentarse contra los que se negaban á quemar incienso en los altares de los dioses del imperio. No había medio para los cristianos de librarse de la persecucion. Si se congregaban á la luz del dia con el fin inocente de celebrar los misterios de su culto, eran perturbadores de la pública tranquilidad. Si huyendo del hacha del verdugo se retiraban á las catacumbas á comer el pan eucarístico, eran sociedades secretas que conspiraban contra el Estado. ¿Afligia una guerra al imperio, ó le desolaba una peste? La culpa tienen los cristianos, gritaba el populacho; y el emperador decretaba: *cristianos á las hogueras*. ¿Sobrevenía una sequia, un hambre, un incendio? La culpa tienen los cristianos, decia el emperador, y el pueblo gritaba: *cristianos á los leones*. Y los cadáveres de los cristianos palpitaban en los anfiteatros, sus entrañas desgarradas por tigres ó por leones cubrian la arena del circo, y los que no eran derretidos en las llamas, eran despeñados de lo alto de una roca, ó despedazados en ruedas de cuchillos, ó arrojados á las aguas del Tiber.

¿Y quiénes eran esas almas heróicas que tan rudas pruebas sufrían sin desaliento, y así desafiaban á los verdugos á quién se fatigara primero, y á quién faltara mas pronto, si las víctimas ó los sacrificadores? ¿Eran guerreros avezados á los peligros y familiarizados con la muerte? ¿Eran temperamentos robustos, ejercitados con la fatiga y endurecidos con el trabajo? Eran muchas veces viejos encorvados con el peso de los años: eran pontífices y sacerdotes encanecidos á la sombra del santuario; eran á las veces tiernos niños que apenas se habían desprendido del regazo maternal; eran delicadas doncellas que no habían probado otras caricias que las de sus padres, y que caminaban al suplicio como si camináran al festin de las bodas; no por hastío de la vida como los estóicos, sino con la esperanza de otra vida mejor. ¿Quién infundía tanto aliento á gentes tan flacas? ¿Quién transformaba á los débiles en fuertes? ¿Qué secreta inspiracion los conducía al heroísmo?

El pueblo lo veía, lo contemplaba y lo admiraba; los hombres no querían ser menos héroes que las mugeres, y acababan por convertirse á aquella religion que parecia tener el privilegio de vigorizar las almas. El pueblo por otra parte oía por primera vez sonar en sus oídos una doctrina filosófica que comprendía, un principio social que estaba al alcance de su inteligencia, reflexionaba sobre él, y deducía cuanto iba á mejorar su condicion en el caso de que prevaleciera.

El pueblo, á quien ningun filósofo habia enseñado todavía, ni él se habia imaginado nunca que podia dejar de ser esclavo, oyó predicar una doctrina que condenaba la esclavitud en nombre de Dios ⁽¹⁾, y se fué adhiriendo á ella, porque los mas dispuestos á creer son siempre los mas oprimidos. Los poderosos la rechazaban, porque les era violento renunciar á los goces materiales á que estaban tan apegados.

Poco á poco fué penetrando la nueva doctrina en las escuelas, y se hizo objeto de exámen y de discusion entre los sábios. Compararon los filósofos á Sócrates con Jesus, y en el primero hallaron toda la grandeza de un hombre, en el segundo toda la grandeza humana y toda la grandeza divina. Cotejaron la filosofía del Evangelio con las de Aristóteles, de Platon y de Epicuro; pusieron el Dios de los cristianos al frente de todos los dioses del gentilismo, y resultó de la comparacion que los sábios no solo se hicieron creyentes, sino que se convirtieron en apologistas del cristianismo. Aquella doctrina que al principio habian llamado por desprecio *stultitia, insipientia, insania*, era lo mas sublime que habia salido de la boca de los instructores y de los legisladores de la humanidad. Los filósofos vinieron entonces en apoyo de los apóst-

(1) «Los preceptos del cristianismo, dice Robertson, comunicaban tal dignidad á la naturaleza humana, que la arrancaron de la servidumbre deshonorosa en que se hallaba sumida. (Discurso sobre el estado del universo á la aparicion del cristianismo).» Solo Gibbon se atreve á negar que fuese debido á la religion cristiana este admirable mejoramiento de la humanidad.

toles, los académicos continuaron la mision de los artesanos. Entonces salieron los elocuentes escritos apologeticos de Justino, de Tertuliano, de Clemente de Alejandría, de Cipriano, de Lactancio y de Orígenes, desafiando á toda la sabiduría pagana. «*Desgarrearé el velo que cubre vuestros misterios*, les decia Clemente Alejandrino, versadísimo en la filosofía de Platon: *Cántanos, Homero, tu magnífico himno: Los AMOROSOS HURTOS DE MARTE Y VENUS; pero no, enmudece; no es magnífico el canto que enseña la idolatría. Vuestros dioses, crueles é implacables con los hombres, oscurecen su espíritu.....*»

Asi se iba infiltrando el principio civilizador en las clases mas elevadas de la sociedad romana; ya los magnates, los patricios, las matronas, no se desdñaban de creer: el sentimiento religioso se habia ido propagando de las aldeas á las ciudades, de las grutas á las academias, de las chozas á los palacios: ¿cuánto tardará en subir hasta el trono imperial? Ya Alejandro Severo se habia atrevido á poner la imagen de Jesus entre las de Abraham y Apolonio. Marco Aurelio se habia hecho semi-cristiano desde el prodigio de la Legion Fulminante; y de cristiano se murmuraba al emperador Filipo. Ya no solo se estendia la nueva fé por las provincias romanas, sino que habia franqueado los liziles y barreras del imperio; ya cundia por los pueblos bárbaros, y ganaba soldados donde no habia llegado el vuelo de las águilas roma-

nas: allá se propagaba hasta por regiones y lugares en que ni siquiera se sabía que existía Roma, y que había un senado, y un hombre que se llamaba emperador.

Siendo España una de las más importantes provincias del imperio, y teniendo tanta comunicación con la metrópoli, no pudo tardar en tener conocimiento de la doctrina que había venido á alumbrar al mundo. Una piadosa tradición, no interrumpida por espacio de diez y ocho siglos, hace á España el honor de haber tenido por primer mensajero de la fé cristiana al apóstol Santiago el Mayor, y de haberla predicado en persona en varias regiones de la Península: cumpliéndose así la profecía de que las palabras de los apóstoles llegarían hasta los confines de la tierra *El rayo, el hijo del trueno*, como le llamaba su maestro divino; derrama el fulgor de la fé en las comarcas de Galicia, donde siete de sus más esclarecidos discípulos le ayudan á plantar la viña del Señor. Algunos de ellos le acompañan en su regreso á Jerusalén, á donde le llamaba la Providencia para coronar su celo. Allí recibe el martirio, y recogiendo sus discípulos el cadáver de su venerado maestro, se embarcan para Galicia, su patria, trayendo consigo el sagrado depósito. Dios permitió que el lugar en que se guardaron las cenizas del santo apóstol permaneciera ignorado, para que su prodigioso hallazgo diera, al cabo de ocho siglos, días de re-

gocio á la iglesia española y días de gloria al pueblo cristiano (1).

Con el propio objeto de difundir la doctrina del Evangelio en esta favorecida porción del globo, España tuvo también la gloria de ser luego visitada por el apóstol de las gentes, por el apóstol filósofo, San Pablo, que hasta en el palacio del mismo Nerón había logrado hacerse discípulos y ganar prosélitos. El elocuente apóstol dirige su rumbo hácia las regiones de la Península á que no había podido llegar la voz del hijo del Zebedeo, y derrama por las comarcas de Oriente el conocimiento de la doctrina civilizadora del cristianismo (2).

(1) Véanse Florez, España Sagrada. tom. III.—Morales, Cron. general.—Medina, Grandezas de España.—Masdeu, Esp. Roman. tom. VIII.—Niegan los extranjeros la venida del apóstol Santiago á España y su predicación en nuestra Península. ¿Podremos dejar de respetar las tradiciones solo por que las nieguen los extranjeros? No nos detendremos ahora á refutar sus argumentos negativos: otros lo han hecho ya victoriosamente antes que nosotros. Solo diremos en cuanto á las dificultades de tiempo, que desde el año 38 de nuestra era, en que suponemos la venida de Santiago, hasta el 42, en que acaeció su muerte en Jerusalén, tuvo tiempo de ejercer su apostolado en España y de volver á la Palestina.

(2) También hay extranjeros, aunque no tantos, que nos quieren disputar la gloria de la venida y

predicación del apóstol San Pablo. Pero de ella por fortuna tenemos clarísimos testimonios. Su intención de venir á España la manifestó él mismo bien explícitamente en la Epístola á los romanos. *Cum in Hispaniam profecti scire caperem, spero quod prateriens videam vos.* Cap. XV., ver. 21. *Per vos proficiscar in Hispaniam.* Ibid., vers. 28. De haberlo realizado certifican, San Juan Crisóstomo en la homilía 43 sobre la Epístola á los de Corinto, y en la X sobre la segunda carta á Timoteo; San Gerónimo en el libro IV sobre Isaías, y en el cap. 5 sobre el profeta Amós; San Teodoro en el Comentario sobre la Epístola á los Filipenses, y otros muchos de los primitivos santos padres. El año que San Pablo vino á España se cree haber sido el 60 de la era vulgar, y tiénesse por cierto que vino por mar, y desembarcó en Tarragona, donde acos-

La sangre de los mártires empezó pronto á colorear este suelo en que tanto habia de prevalecer y donde tanto habia de fructificar la semilla de la fé. A pesar del influjo que en España ejercian los opulentos patricios, que atraidos de la belleza de su clima la habian hecho como una colonia de la aristocracia romana, no pasa el primer siglo sin que España vea algunos de sus hijos figurar gloriosamente en el martirologio cristiano. Eugenio de Toledo es colocado ya, desde la segunda persecucion movida por Domiciano, en la nómina de los que vertieron una sangre generosa en obsequio del Crucificado. En el segundo siglo, imperando Marco Aurelio, y gobernando á Leon Tito Claudio Atico, se ofrecen Facundo y Primitivo en holocausto á la nueva fé, dejando con su valor y su constancia maravillados á sus perseguidores. Fructuoso de Tarragona, prelado de su iglesia, presenta el modelo del héroe cristiano, y con sus dos compañeros de martirio asombra y confunde al cruel ministro del desprezable Galieno ⁽¹⁾. Los atletas de la fé se multiplican en el tercer siglo, y las vidas de los santos, «ese gran árbol genealógico de la nobleza del cielo,» presentan ya en sus páginas un largo

tumbraban á hacerlo los cónsules y pretores, proponiéndose predicar la palabra de Dios en la España Oriental, como en la Occidental lo habia hecho ya el apóstol Santiago. El ilustrado Sr. Cortés, dignidad de la iglesia metropolitana de Va-

lencia, ha recogido los mejores testimonios sobre este asunto en un librito titulado: *Compendio de la vida del apóstol San Pablo*, impreso en Valencia en 1849.

(1) Acta primorum martyrum, etc.

y auténtico catálogo de ilustres mártires españoles.

Mas cuando se vió aparecer en España huestes, legiones enteras de campeones de la fé de Cristo, fué en la horrible persecucion de Diocleciano. Entonces, cuando mas arreció la tempestad, cuando Daciano, el ministro mas sanguinario y cruel que habia tenido emperador alguno, levantó por todas partes cadalsos y multiplicó los suplicios, entonces fué cuando España acreditó que vivian en su suelo los descendientes de los que en Sagunto, en Astapa, en Numancia habian sabido sacrificarse arrojándose á las llamas por defender su libertad y sus hogares, y que los despreciadores de la muerte por sostener su independencia, lo eran tambien por sostener la fé una vez abrazada, cuando se intentaba arrancarles brutalmente la una ó la otra. Hombres, mugeres y niños desafian entonces con intrepidez el hacha del verdugo y la cuchilla del tirano. Toledo, Alcalá, Avila, Leon, Astorga, Orense, Braga, Lisboa, Mérida, Córdoba, Sevilla, Valencia, Gerona, Lérida, Barcelona, Tarragona y otros cien pueblos y ciudades, cuentan entre sus blasones cada cual su hueste de mártires. Daciano medita sacrificar en masa la poblacion cristiana de Zaragoza, y no pudieron contarse los mártires de Zaragoza, porque fueron *innumerables*. El poeta cristiano Prudencio la llamó *Patria sanctorum martyrum* ⁽¹⁾. La ciudad

(1) Prudent. in Hymn. Martyr. res.—Depping. Hist. tom. II.—Cæsar Aug.—Actas de los Mártires.—Tertuliano, contemporáneo de San

que habia de suministrar muchedumbre de mártires á la patria, comenzó por proveer de mártires á la religion.

Mas no eran solamente mártires los que producía la naciente iglesia española. Varones y prelados eminentes en letras producía ya tambien. Y Osio, el venerable obispo de Córdoba, el enemigo terrible del paganismo y de la heregía, lumbrera de la cristianidad y presidente futuro de casi todos los concilios de su tiempo, comenzaba á asombrar con su erudicion y con su fogosa elocuencia, no solo á España, sino al mundo entero.

Ni por eso negamos que hubiera en España defeciones y flaquezas lastimosas durante las persecuciones. ¿En qué pueblo del mundo no habrá espíritus débiles, ni qué nacion podrá blasonar de que todos sus hijos sean héroes?

Lejos estaba tambien de ser el cristianismo la religion dominante ni en España, ni en las demás provincias del imperio romano en la época á que alcanza nuestro exámen. Paganos eran todavía los emperadores; idólatra se mantenía el senado romano; las magistraturas civiles y militares se conservaban en ma-

Irenéo, en el escrito que presentó á Escápula, presidente de Africa, refiere como entonces se ejercía la persecucion contra los cristianos de España por el presidente que se hallaba en Leon. Pero aun es mayor el testimonio que ofrece

en el libro contra los judios al c. 7 donde hablando de las regiones que habian abrazado la religion cristiana aplica el todo á la nacion española. *Maurorum multi fines: Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diversæ nationes.*

nos de los seguidores del antiguo culto, y la mayoría de los pueblos adoraba todavía á los viejos ídolos, y se postraba ante los dioses de la gentilidad.

En tal estado se encontraba el mundo cuando subió al trono de los Césares Constantino. Prosigamos ahora nuestra historia.